

SEGUNDA PARTE

LA CONCHA Y EL ESTILETE

I

LA HORA DEL GROG

Como todas las aristócratas tienen *su día* para quedarse en casa, la señora Ange, vizcondesa viuda de Aubinesco, que no quería ser menos que las demás, hubo de escoger el miércoles de cada semana para recibir á sus amigos, y aquel día, 14 de Marzo de 1889, y víspera de la *mi-carême*, los salones de su hotel hallábanse, en verdad, bastante concurridos.

Por regla general, son pocas las señoras, verdaderas gacetillas vivientes, que dejan de asistir á tales reuniones en las que sus lenguas tienen ocasión de moverse á sus anchas, interesándose hipócritamente en el divorcio de la mariscala, comentando, en sentido poco favorable, por supuesto, la toaleta de la de X... ó el pelo del caballo de la de Z... y absteniéndose, solo por el qué diran, de manifestar en alta voz su despecho, por no decir envidia, del triunfo alcanzado por la Tal, que se quita los pantalones y cambia de camisa en la escena del

teatro « Locuras plásticas » ante un público encalambrinado que no le quita los gemelos de encima.

Pero en casa de la vizcondesa de Aubinesco, justo es confesarlo, la crónica escandalosa y envidiosilla tenía prohibida la entrada.

La dueña de la casa cultivaba otra manía, distinta de la dicacidad: su salón era algo así como un mentidero literario.

Aquella tarde eran poco más ó menos las cinco, y los faroles del alumbrado iban encendiéndose uno tras otro á lo largo de la Avenida de los Campos Eliseos por la que embocaban, al trote largo de sus caballos, innumerables carruajes de regreso del Bosque de Bolonia.

Dejábase sentir un fresco bastante vivo, y sin duda por esta causa el movimiento de peatones, de ordinario intenso á tales horas, era escaso aquel día en la Plaza de la Estrella, que los cercanos hoteles, entre los que se contaba el de la vizcondesa, ante el cual estacionaban algunos coches, parecían rodear de una línea uniformemente grisácea.

La vizcondesa de Aubinesco, que enviudara poco después de su matrimonio, gracias al cual pudo usufructuar una pingüe fortuna, hubo de lamentarse siempre de no haber tenido una hija á quien adorar; pero como aquel á quien Dios no le da hijos, el demonio le da sobrinos, he aquí que cuatro ó cinco años antes de la época en que comienza este relato, tuvo que encargarse, con gran contento por parte suya, de la tutela de una sobrinita.

La compañía de esta última, que á ratos le procuraba las dulces ilusiones de la maternidad, habíasela impuesto un suceso verdaderamente trágico. Un día, los servidores de su hermana, la baronesa de Eparville, encontraron á esta asesinada en su casa solariega de Bretaña, y robados la mayor parte de los títulos de renta que poseía la desdichada señora, títulos que no fueron encontrados nunca más no obstante las diligentes pesquisas realizadas por la policía.

La vizcondesa tenía sus defectos: ¿quién no los tiene! Pero no dejaba de poseer buenas cualidades, y el robo de que fuera víctima su hermana no solo no la afectó en

lo más mínimo, sino que, para no perjudicar á su sobrinita por lo que á los pretendientes se refiere, hizo saber que la nombraba su heredera universal, con lo que el valor material de la interesante huérfana aumentaba por modo considerable.

Yvona de Epartille, la sobrina, no era precisamente eso que se ha convenido en llamar una señorita en toda la extensión de la palabra; era algo más y mejor.

Muy instruída, verdaderamente culta, era además bonita, constituyendo su único defecto una timidez exagerada, causa de la desesperación de la vizcondesa, aun cuando esta buena señora la entretenia, sin darse siquiera cuenta de ello.

No tenía Yvona voluntad, ni tampoco porqué tenerla. En cambio su tía, atormentada por esa especie de prurito autoritario que se manifiesta hacia la cuarentena, y aún á veces, antes, la tenía por las dos.

¿Cuántos pretendientes se habían presentado ya, aspirando á la mano de la heredera? Muchos, muchos. Pero todos desfilaban silenciosamente, renunciando á la conquista al poco tiempo de comenzado el asedio. La vizcondesa, que sin duda por poder argüir de cierta experiencia imaginábase estar en condiciones de escoger con mayor acierto, escamaba á los pretendientes con su rigorismo de examinador atrozmente severo. Y el desfile continuaba. Los dos pretendientes llegados en último término y que esperaban aún su sentencia, eran el señor Jaffary y el conde Enrique de Corpo-Santo.

El primero, un enamorado de veinte años, resultaba, en concepto de la vizcondesa que se interesaba por él y aun lo protegía, un novio platónico al que no había porqué hacer caso alguno; de ahí que se limitara á recomendarle que mirase un poco menos á su sobrina y un poco más los libros de derecho, lamentablemente descuidados por el mozo.

En cambio el conde era harina de otro costal. Bien es verdad que este gentilhombre exótico, apenas llegado á París é instalado en un suntuoso hotel del Parque Monceau habíase apresurado á presentarse en casa de la de Aubinesco, en su calidad de primo de América.

La buena señora, al principio, se defendió cuanto pudo,

alegando que no recordaba tal parentesco, por más de que interiormente sufría su orgullo de tener que renunciar á un entroncamiento más ó menos lejano con quien era poseedor de un nombre histórico y de una fortuna extraordinaria. Sin embargo, una circunstancia fortuita fué causa de que al fin y al cabo entrase Corpo-Santo en las buenas gracias de la vizcondesa; esta se parecía por los relatos de aventuras extraordinarias, y el conde había viajado mucho y poseía un pico de oro.

Con él derribó la muralla que la de Aubinesco le opusiera al principio, y conseguido este triunfo, fué para él cosa de juego penetrar hasta el centro mismo de la inexpugnable plaza. Consultada Yvona acerca de si le repugnaria ó no ser condesa de Corpo-Santo contentóse con ruborizarse primero, para palidecer enseguida; y estos cambios de color fueron traducidos por la vizcondesa, que presumía de interpretar á maravilla el lenguaje mudo de las muchachas, como una contestación afirmativa.

He aquí porqué la recepción de aquella tarde tenía un doble objeto; el de celebrar el décimo octavo aniversario del nacimiento de Yvona y el de presentar oficialmente á su prometido.

El conde de Corpo-Santo debía tener unos treinta y seis años por más de que no los representaba, no obstante el cansancio consiguiente á sus numerosas y accidentadas correrías á través el mundo todo.

Hubiérase podido escoger á este hombre por árbitro de las elegancias. Era además hermoso, no obstante la forma de la nariz demasiado aguileña, que perdía sin duda importancia ante el reflejo extraordinario de su mirada atrevida, que era lo que en él llamaba más la atención del observador.

Aunque no: otra cosa había verdaderamente chocante en aquel rey de la moda. No llevaba los cabellos cortados á la Tito, como todos los hombres en aquella época; sino que los hubo de dejar crecer no poco para peinarlos hacia adelante con una graciosa onda, al modo de Girardin, que le cubría todo el centro de la frente.

El dengue, que más tarde debía llamarse influenza y después sencillamente gripe, había desterrado de los

salones la infusión de té para poner á la moda el ron; de modo que lo que la vizcondesa ofrecía á sus amigos aquella tarde no era un té, sino un grog.

Muchachas y jóvenes habíanse concertado previamente para bailar un poco; pero ¡cosa extraña! nadie se acordaba de dar gusto á las piernas. Era que el conde Enrique narraba en el saloncillo algunas escenas á que asistiera durante sus viajes, y su voz, dulce y bien timbrada, tenialos allí absortos y olvidados en absoluto de la danza.

Hubo un momento en que el narrador se vió en la necesidad de interrumpir su relato. Un lacayo acababa de anunciar:

— ¡ El señor marqués y la señorita Amy Trogoff de Kerbiroet; el señor doctor A... !

Curiosa figura la de este doctor A..., un extranjero á quien el viejo marqués presentaba por primera vez en el gran mundo; una especie de salvaje que terminados los cumplimientos indispensables se aisló del resto de los concurrentes, yendo á apoyarse en el mármol de la chimenea.

— ¡ Ya no esperaba ver á usted esta noche, guapísima! — exclamó la vizcondesa corriendo á Amy, cuya entrada causara sensación, pues era una belleza de primer orden. — ¿ No tendremos el gusto de ver también á Edmé?

— No, señora, — contestó el marqués. — Está más loca cada día. La manía de los deportes la tiene trastornada. En este momento debe estar dando de botonazos al profesor de esgrima que no he tenido más remedio que poner á su disposición... ¡ Es horroroso, vizcondesa!

— ¿ El profesor?

— No; lo que pasa con esa chica.

— ¡ Figúrese usted!... Empeñarse en ser la primera deportista de París... — decía la de Aubinesco, sonriendo con aire cómicamente escandalizado.

Amy había ido á sentarse al lado de Yvona, quien parecía preocupada.

— ¿ No adivinas por qué llegamos tarde? — le preguntó en voz baja.

Era verdaderamente encantador el grupo formado por las dos muchachas. No había entre ellas comparación posible. Si bonita una, la otra hermosísima.

Yvona, rubia hija de la antigua Armórica, era esbelta y graciosa en sus movimientos; los rasgos de su fisonomía armoniosos; y la delicadeza de su piel transparente permitía adivinar tras ella toda una red de tenues venas azuladas. Su mirada tierna parecía reflejar el cielo sereno de un hermoso día, y cuando sus labios se desplegaban para marcar una infantil sonrisa, veíase tras ellos la dentadura sana y fuerte. Todo en ella era fino, delicado, ideal. Bastaba verla para comprender que su belleza material debía correr parejas con la de su alma.

Hallábase, como hemos dicho, pensativa. Si dejó sin respuesta la pregunta de la señorita de Kerbiroet era porque una palabra pronunciada y el sonido de una voz particular acababan de llegar á sus oídos hiriendo con viveza su imaginación, impresionabilísima desde el trágico fin de su desdichada madre.

— ¿Es él? — había preguntado discretamente el marqués señalando con la mirada al conde de Corpo-Santo.

— ¡El es! hubo de contestar el doctor A...

La joven había sorprendido este brevisimo diálogo y ello fué más que suficiente para que se diera á trabajar su cerebro sugestionado.

— ¿No sabes porqué llegamos tarde? — interrogó de nuevo la señorita de Kerbiroet.

Y tampoco esta vez le fué contestado.

Yvona contemplaba desde su asiento, alternativamente, el semblante de su prometido y el del extranjero que presentara el marqués, el cual extranjero había solicitado permiso para conservar el anónimo.

Sorprendíala el extraño contraste entre aquellos dos hombres.

En el conde Enrique de Corpo-Santo todo era elegante, de una elegancia nativa, que no se adquiere, y cada uno de sus movimientos revelaba el desembarazo natural, de quien se halla en su centro entre gentes del gran mundo.

Por regla general es fácil juzgar á un hombre que

habla en público, pues á sus cualidades de don de gentes debe unir las que distinguen al orador. Corpo-Santo hubiera satisfecho, á este respecto, al más exigente. Su mirada incisiva, brillante, tenía gran expresión; la palabra fluía mansamente y llena de imágenes de sus labios, y la voz resultaba por todo extremo agradable. Los cabellos y la barba, de un negro azulado, encuadraban admirablemente al rostro, dándole cierto aspecto de hermosa severidad.

Era en fin, para cuantos lo conocían, un hombre encantador, y la vizcondesa de Aubinesco sentíase orgullosa de haber tenido el buen gusto de escogerlo entre los pretendientes á la mano de su sobrina.

¿Qué pensaba de él Yvona? Pues como todo el mundo. En realidad era aún demasiado joven para permitirse distinguos. Su tía le había ponderado tanto al conde que entre esas ponderaciones, y lo que ella misma veía por sus propios ojos, había nacido en su alma algo así como una especie de orgullo de poderse llamar la prometida esposa de aquel hombre.

— ¡Esto debe ser el amor! — pensaba la cándida muchacha.

Y como es consiguiente, su tía guardábase bien de sacarla de su error.

¿Qué diferencia entre el conde y el otro hombre, el que se apoyaba en el mármol de la chimenea! No había en la figura del doctor A... signo alguno de distinción. Su corbata blanca, anudada en torno á un cuello de altura inverosímil, parecía como si embarazase los movimientos de los músculos; demás de esto, el frac no se había hecho sin duda para él y hubiérase dicho que el paño iba á rasgarse al esfuerzo involuntario de los hombros robustos. Las manos del doctor eran de color obscuro, así como su cara, en la que se observaba la ausencia del sello de distinción que caracterizaba la fisonomía de Enrique. El cráneo de aquel hombre singular, ancho y montuoso, aparecía cubierto irregularmente de espesa cabellera, corta y rizosa.

En cambio los ojos eran grandes, algo hundidos en las órbitas, pero generosamente rasgados y reflejaban, desde el fondo de las grandes pupilas negras, cierta mirada

límpida que hubiera estado más en su sitio en los ojos de una mujer.

Hombres como aquel se encuentran á veces en los tropicos, en la India, entre los encantadores de serpientes, de mirada tierna y profunda.

Tal vez el doctor A... era un domador de esa naturaleza.

Pero de ser así, ¿qué iba á hacer él en París, donde las serpientes, muy distintas de las de la India, revisten forma humana?

Lo primero que chocaba en el doctor al contemplarle detenidamente era cierto aire de dominación, de indomable energía que se reflejaba, no obstante lo dulce de la mirada, en aquel rostró terroso. Tenía salientes los pómulos, recta y bien formada la nariz, y la barbilla cuadrada, adelantábase un tanto dando relieve al labio inferior de su boca, pequeña y bien dibujada.

No era, examinado en conjunto, un hombre guapo, no. Pero cautivaba en él lo que hemos dicho antes: su aspecto de energía indomable puesta al servicio de una voluntad de hierro.

Otra particularidad le distinguía, á más del fantástico cuello de la camisa. En cada una de sus mejillas, completamente afeitadas, observábase una cicatriz, redonda y rojiza, rodeada de puntos negros. Dijérase que había recibido dos tiros á boca de jarro, y que el tirador había desperdiciado un solo grano de pólvora.

Muy posible es que Yvona no fijase su atención en todos estos detalles. Contemplando alternativamente al conde y al doctor, hubo tan sólo de preguntarse cándidamente:

— ¿Cómo es posible que esos dos hombres, poco más ó menos de la misma edad, tengan aspecto tan diferente?

Las muchachas, amigas de comparar, se hacen á veces estas preguntas; pero no se contestan nunca.

Amy de Kerbiroet, incansable, repitió por tercera vez su interrogación.

— ¿No sabes por qué llegamos tarde?

— No; dijo por fin Yvona como si saliese de un sueño.

— Pues siempre por lo mismo... el asunto dichos

Pero hoy hay novedades. El marqués cree haber dado con la pista.

Ruidosas exclamaciones de los que escuchaban al conde impidieron á Yvona contestar á su amiga.

— ¡No, no, eso sí que no! — decían todos á la vez. — Lo que es esa sí que no nos la tragamos.

— Bueno es hacernos creer lo que no podemos comprobar, — decían algunos.

— Sí, pero que no se abuse de nuestra credulidad, — añadían otros.

La risa era general.

Todos hablaban al mismo tiempo.

No había allí modo de entenderse.

— No sé por qué, tengo miedo, — murmuró Yvona estrechando la mano de Amy.

— ¿Pero de qué, muchacha? — le dijo ésta con dulzura. — ¿No me tienes aquí?

Amy Trogoff de Kerbiroet tenía la misma edad que Yvona, pero ejercía sobre esta última ascendiente grande y merecido, pues era en realidad una muchacha capaz de servir de protectora á cualquiera otra. Ya hemos dicho cuán hermosas eran ambas.

Una mirada del doctor A... que se fijó un punto sobre ella, había motivado el miedo de Yvona y héchola palidecer, mientras que su corazón se oprimía y una angustia por ella no sentida antes amenazaba con ahogarla.

No había en verdad motivo para tal alarma de parte de una muchacha; el doctor era un tímido, uno de esos hombres cuya fuerza extraordinaria se convierte en determinadas circunstancias de la vida en debilidad y que preferirían luchar frente á frente con un tigre que encontrarse solos en presencia de una señorita.

Había mirado á Yvona, sí, pero inmediatamente hubo de desviar su mirada ruborizado como un colegial, porque hubo de observar que la niña había sorprendido la dirección de sus ojos.

Era realmente grande la diferencia existente entre el soberbio Corpo-Santo y el incógnito doctor que asustara á Yvona.

A ésta se dirigía en aquel preciso momento el conde, preguntándole con gran desembarazo.

— Ya ve usted la incredulidad de la asamblea, mi querida Yvona; ¿me hace usted el obsequio de decirme si participa de ella?

Así interpelada bruscamente, la joven volvió en el acto á la realidad.

Era una tímida flor de la tierra bretona, en absoluto desprovista del atrevimiento peculiar á las muchachas nacidas en pleno suelo parisino; solo poco á poco, trabajosamente, había logrado tener un poco de aplomo mundano adquirido por el roce con las personas de buena sociedad que frecuentaban los salones de la vizcondesa.

Varios años hacía ya que la de Aubinesco recogiera á su sobrina Yvona de Eparville, después de la trágica muerte de su hermana mayor, la baronesa de Eparville á la que había querido mucho, y la tímida flor de la tierra armoricana había ido fortaleciéndose poco á poco al contacto de la inquieta vizcondesa.

Sin turbarse pues, respondió evasivamente á la pregunta de su prometido:

— He leído entera la colección de las obras de Fenimore Cooper y no pocos libros de Gustavo Aymard, y la verdad, no creo que haya imaginación capaz de inventar aventuras tan maravillosas.

El conde agradeció con un saludo estas palabras; pero su saludo, más aún que á Yvona parecía dirigirse á Amy de Kerbiroet para quien tuvo él una mirada de bestial codicia que cambió por completo la expresión de su fisonomía.

Si Yvona hubiera podido ver fijada en ella una mirada semejante, habríase estremecido con mucha más razón que cuando la mirara el inofensivo doctor.

Pero el juego fisonómico del conde fué tan rápido, que solo pudo ser observado de dos personas: de Amy y del doctor A..., quienes conservando su fría inmovilidad cambiaron sin embargo entre ellos un signo de inteligencia.

Un momento después el rostro del conde recobraba su plácida sonrisa, mientras interrogando sus recuerdos se preguntaba.

— ¿Dónde he visto yo antes esa cara?

Y no se refería á Yvona al preguntarse esto, sino á su hermosa vecina.

El conde interrogaba en vano sus recuerdos: obstinábase estos en no contestarle, y era muy probable que el hombre se equivocase al creer haber visto en otra parte la hermosa cara de Amy, pues ésta no había sin duda estado nunca en ninguno de los lejanos países de donde regresaba el conde.

Sentados en torno al hogar y á la mesa sobre la que humeaba el grog americano servido en tazas de plata, había como hasta media docena de vizcondesas, otras tantas baronesas y la mitad menos de damas linajudas de más altos títulos nobiliarios. En cambio el sexo fuerte tenía escasa representación, componiendo esta, á más del marqués Trogoff de Kerbiroet, el conde Enrique de Corpo-Santo, el doctor A... y el joven Jaffary, el de los ojos azulés, estudiante en derecho y protegido de la dueña de la casa.

Una señora enorme, que respondía al nombre regocijado aunque difícil de pronunciar en entero de baronesa de Lampessadas de Palamónville y Souza der Teuffel van Bruges, y cuyas formas opulentas hacían dar lastimeros quejidos á los muelles de la butaca que ocupaba, interpeló al conde.

— ¿Sabe usted, amigo mío, que ya quisieran escribir como usted habla los autores de las novelas que publican el *De Tendracht*, de Mechelin-sur-Meuse y el *Burgerijvelsim* de Brujas? Son mis periódicos favoritos, ¿sabe usted?

— La verdad es, — añadió otra baronesa sonriendo con aire de suficiencia, — que las aventuras de usted harían furor en el folletín de un periódico.

— Sería un éxito.

— Como que duplicaría la tirada del periódico.

Esta última amplificación debíase á la vizcondesa de Aubinesco.

— Puede que estén ustedes en lo cierto, — replicó el conde recibiendo como una granizada la lluvia de elogios. — Desgraciadamente para mí, tengo demasiado orgullo para referir mis aventuras á aquellas personas á quienes no conozco.

— Oiga usted, amigo mío, — exclamó de nuevo la de Lampessadas que á todo el mundo gratificaba con el mismo dictado; — aquí nos conocemos todos; y como las historias de usted son muy divertidas... ¿sabe usted?

— ¡Eso es! — gritó la vizcondesa. — Otra historia. Venga otra historia, Enrique.

Todo el mundo, con ella, repitió :

— ¡Otra historia, señor conde!

— ¿Para qué? — preguntaba éste fingiendo con gran maestría cierto cansancio. — ¿Para que califiquen ustedes de extravagantes ó de inciertos mis relatos? Cuanto yo les diga á ustedes ha de parecer necesariamente exagerado á los parisienses, para quienes el fin del mundo se encuentra en Niza en el invierno y en Trouville en el verano... Yo, señoras, no soy parisiense, lo cual es tal vez una desgracia, y no me he limitado á respirar el aire que circula en torno al Arco de Triunfo... Ustedes dirán si esto último es un bien ó un mal.

Estas palabras picaron el amor propio de la enorme baronesa Lampessadas de Palamonville y Souza der Teuffel van Bruges.

— Sepa usted que yo no soy ni burguesa ni parisiense, amigo mío, — dijo con cierto aire de condescendiente afabilidad. — Sin embargo he viajado por gusto ¿sabe usted? y me complacería oírle narrar nuevas aventuras ¿sabe usted?

La digna baronesa no era un prodigio de elocuencia; sin embargo, tenía de común con los académicos lo enrevesado y gárrulo de sus discursos. Pero acababa siempre por expresar, mejor ó peor, lo que pensaban todos.

— Siendo así, ¿por qué me interrumpe usted á cada frase? — preguntó Enrique.

— Para que nos dure más el placer, ó bien por ignorancia, amigo mío; ¿sabe usted? — dijo la baronesa con sonrisa angelical.

Sin enojarse por la familiaridad de la opulenta dama, el conde, como si deseara salirse por la tangente, murmuró :

— La verdad es que me da vergüenza hablar á ustedes de costumbres tan extrañas... Si al menos hubiera aquí

alguien que pudiera aseverar la veracidad de mis palabras...

— ¿Y quién le dice á usted que no lo haya, conde? — interrumpió el marqués de Kerbiroet.

Corpo-Santo saltó en su asiento, volviéndose enseguida hacia el interpelante.

— En todo caso, — dijo al ver que su interruptor era el anciano á quien fuera presentado por la vizcondesa — ese alguien no será usted.. A menos que no haya ido usted como yo á buscar fortuna en el golfo de Ceilán ó en el de Bengala, marqués.

Este marqués Trogoff de Kerbiroet era un anciano de alta estatura, muy delgado, cuya figura tenía cierto aire de suprema nobleza y distinción.

Llevaba la cara completamente afeitada, ostentando en cambio larga cabellera blanca.

Las tierras de sus castillos, diseminadas por todas partes, cubrían treinta leguas, y si todos cuantos comían pan gracias á él hubieran podido reunirse en un momento dado formarían sin duda un ejército bastante numeroso para poner cerco á París.

El Crédito Agrícola de Francia le servía una renta anual de sesenta millones de francos.

El Banco Otomano, de Constantinopla, le pagaba, también anualmente, cien mil libras turcas (2.300.000 frs). Rothschild de Londres, cien mil libras esterlinas (2.525.000 francos).

Y la Deuda Rusa un millón de rublos en dinero (4.000.000 de francos).

No obstante su edad avanzada, — contaba ya setenta años — todo cuanto le producía su inmensa fortuna seguía empleándolo, como lo empleara siempre, en obras meritorias.

La última de que se hablaba era la adopción, por él hecha, de dos huérfanas, Amy y Edmée Sabielo, á la muerte de un anciano á quien él quería y estimaba mucho.

Bien es verdad que la pública maledicencia veía en este acto del marqués un negocio para él mismo, pues al decir de los bien informados el difunto padre adoptivo de las dos huérfanas poseía un secreto mediante el cual

había sido sin duda posible al viejo marqués centuplicar por lo menos su ya cuantiosa fortuna.

Sea como fuere, este viejo noble, indiferente en absoluto al qué dirán, contestó con la exquisita urbanidad que le caracterizaba, á las palabras que acababa de pronunciar el conde :

— No, yo no he visitado nunca esos países de donde usted viene, señor mío; ni mi edad ni mis ocupaciones me permiten semejante distracción; en cambio conozco á alguien que ha regresado no hace mucho de Ceilán y de Bengala, y de algo más lejos todavía.

En el semblante del conde Enrique apareció visible una contracción nerviosa.

— ¿Y ese viajero se llama?... interrogó.

— No habrá que ir á buscarlo muy lejos; es el doctor aquí presente, contestó el marqués.

En este momento la señorita de Kerbiroet murmuró al oído de su vecina :

— Mira la cara que pone tú prometido.

No tenía Yvona necesidad de que le hicieran tal recomendación. Acababa de observar la repentina opresión que pareció apoderarse del ánimo del conde al saber que había allí alguien que como él regresaba de la India.

Es indudable que Corpo-Santo no gustaba de encontrar compañeros de viaje. Sin embargo, como no tardó en rehacerse, era posible sospechar que estaba seguro de no haberse encontrado nunca con el doctor.

Después de mirar á su prometido, los ojos de Yvona de Eparville se convirtieron, contra su propia voluntad, hacia el extranjero.

Continuaba éste apoyado en el mármol de la chimenea, mirando fijamente al conde; y era de tal modo extraña la expresión de su semblante en aquel momento, que los temores que poco antes concibiera la muchacha renacieron al punto.

Durante un buen rato hubo de contemplarle con esa fijeza que da á la mirada el sueño magnético.

Por fortuna para ella la voz de la señora de Aubinesco, su tía, se levantó de pronto llegando á sacarla de su ensimismamiento.

— No tiene usted perdón de Dios, marqués, — decía

la vizcondesa. — ¡Cómo! ¿nos trae usted un nuevo narrador de aventuras y se lo tenía tan callado? Doctor, si quiere usted que respetemos su incógnito es preciso que nos haga usted el relato de sus aventuras que deben ser con seguridad prodigiosas.

— Señora, — dijo el doctor con timidez, — mucho desearía haber corrido grandes aventuras para tener el gusto de referírselas... Desgraciadamente...

— Pues de poco le ha servido á usted viajar por esos países tan lejanos, ¿sabe usted? — exclamó á su vez la enorme baronesa.

— No fui á ellos en busca de aventuras sino de fortuna. Me habían dicho que allí encontraría perlas en abundancia, y la verdad es que no he encontrado ninguna.

Hablaba el doctor con voz lenta y como avergonzado. — En cambio yo, sin buscarlas, las he encontrado á montones, — gritó el conde riendo.

La baronesa de Lampessadas tocó ligeramente el brazo del doctor, que se hallaba cerca de ella y murmuró enternecida :

— La suerte no es para el que la busca, ¿sabe usted?

Baronesas, vizcondesas y demás damas linajudas apartaron su atención del doctor que les interesara solo un momento. Aquel pobre hombre que había ido á buscar perlas y que hubo de volverse sin encontrar una sola, estaba juzgado, sin apelación, por la femenina curiosidad. Hasta su timidez, y su notable facilidad para ruborizarse eran comentadas desfavorablemente.

— Conque vamos, Enrique, decídase usted, — dijo la condesa acomodándose en su butaca.

— ¡Venga esa historia! — repitió el conde.

Y la baronesa, para reforzar la petición, hubo de añadir :

— Una verdadera historia, ¿sabe usted?

Levantóse Enrique y fué á apoyarse en el otro extremo de la chimenea, de modo á hacer pendant con el doctor. Luego, dirigiéndose á éste preguntó.

— ¿Tendría la bondad de decirme el doctor A... si es en Mantote ó en Deviapatam donde ha buscado la perla?

— En Deviapatam y en Mantote, — contestó el inter-

pelado.

— ¿A ambos lados de la Palk-Bay?

— Sí, señor, á ambos lados.

El conde reflexionó un momento.

— En ese caso debe usted conocer esto, — dijo enseñando, sacando del chaleco un objeto largo y delgado que presentó al doctor.

— En efecto : es un « cristal dogger. »

Del círculo de damas se levantó como un zumbido de colmena.

— ¿ Qué es ello ? ¿ Qué es ello ? — preguntaban todas á la vez.

La baronesa gorda tuvo una idea feliz.

— ¡ Que corra, que corra ! Eso es muy interesante, ¿ sabe usted ?

Su proposición tuvo un éxito.

— Como ven ustedes, — dijo el conde de Corpo-Santo contestando á la demanda general, — se trata de un simple cuchillo ó estilete de cristal. Esta es el arma defensiva de la mayor parte de los pescadores de perlas que están reunidos en asociación, con el dictado de gentileshombres del estilete.

Aquí donde la ven ustedes tan sencilla al parecer, es un arma terrible.

¿ Ven ustedes esa vena azulada que atraviesa la hoja transparente en toda su longitud ? Pues bien, esa vena está formada por el depósito de una composición venenosa ; y como la punta del cuchillo tiene una abertura capilar, imperceptible, la más ligera picadura que se hace con él resulta mortal de necesidad.

Asustadas las aristocráticas damas apresuráronse á renunciar á la inspección del estilete de cristal, que el doctor tomó á su vez de encima de la chimenea.

— Es el estilete de un jefe, — dijo después de examinarlo detenidamente.

— El del jefe, — rectificó el conde ; — y ahora va usted á saber en virtud de qué serie de circunstancias se encuentra esta arma en mi poder.

Aun tuvo tiempo el doctor de murmurar :

— ¡ El jefe se servía además de otra arma !

Pero estas últimas palabras, al parecer enigmáticas, sólo fueron oídas por el marqués de Kerbiroet.

II

OUT COMPETENCIA

Un estremecimiento de curiosidad sacudió á las señoras. Bebió el conde de Corpo-Santo un buche de grog, y dijo de este modo :

— Tenía yo veinticinco años y acababa de dilapidar por completo el patrimonio de mi padre cuando me hablaron por la vez primera de la Pearls-Shea.

— Me permito recordar á usted, amigo mío, — dijo con su habitual desenfado la baronesa, que nosotras, las señoras, no hablamos el indic. ¿ Qué significa esa palabra, sabe usted ?

— Mar de las perlas.

La interrupción de la señora gorda hizo reír á más de cuatro, y Amy de Kerbiroet que no acostumbraba sin embargo á burlarse de nadie, hubo de inclinarse hacia Yvona para decirle al oído :

— Esa buena señora haría carrera en el teatro.

También la vizcondesa tuvo una palabrita mortificante para la interruptora, quien no la oyó, como sucede siempre en tales casos.

— En ese país, no darían por mi collar mucho que digamos... — emitió una señora en cuyo cuello resplandecía rico collar de hermosas perlas.

Hubo unas cuantas risas discretas.